

Notas críticas

**Modernidad/posmodernidad: un contexto
para pensar algunas cuestiones planteadas
por Marshall Berman¹**

Vania Salles

...me pregunto si no podríamos imaginar a la modernidad más como una actitud que como un periodo histórico.

MICHEL FOUCAULT

Introducción

LA IMPORTANCIA DEL LIBRO *Todo lo sólido desvanece en el aire; la experiencia de la modernidad*, de Marshall Berman, reposa en el hecho de abrir una nueva discusión sobre los tiempos modernos, que tiene el doble mérito de revisar el pasado e insertarse en la polémica actual sobre los devenires de la modernidad. El autor, nacido en Bronx, Nueva York, en 1940, pertenece a la generación que pudo vivir y criticar desde una óptica muy propia y creativa diferentes tipos de acontecimientos que emergen y se hacen tema a par-

¹ Este texto está íntimamente vinculado al proceso de preparación del trabajo docente, realizado en el marco del seminario Teoría Sociológica y la Posmodernidad, impartido en el Programa de Doctorado del Centro de Estudios Sociológicos (CES) de El Colegio de México. Varias ideas aquí contenidas fueron discutidas con Manuel Cedeño, Julia Flores, Guadalupe Mateos, Rubén Martínez, Verónica Montes de Oca, John Peabody, Nélida Perona, Fernando Pliego, Florinda Riquer y José Manuel Valenzuela, a quienes mucho agradezco. También agradezco a Orlandina de Oliveira por la lectura cuidadosa de la primera versión de esta nota.

tir de mayo de 1968. Autor de varias obras de crítica de la cultura y de trabajos de naturaleza filosófico-política Berman conjuga en el presente libro las posturas mencionadas a las que añade elementos de crítica literaria hábilmente aplicada a textos esclarecedores de problemáticas sociales.

En este marco general, Berman (1989) construye una caracterización de los tiempos modernos, cargada de elementos históricos combinados con el aprovechamiento de reflexiones producidas en obras famosas de la literatura, escogidas con el fin de apoyar temas relevantes para el estudio de la modernidad. La historia es delineada no tanto a partir de fuentes históricas (en el sentido riguroso del término) sino más bien en la percepción que determinados intérpretes trazaron de su tiempo.

Con este procedimiento Berman se involucra en un contexto pertinente para enfocar la época moderna como un producto también cultural, buscando establecer una especie de reconstrucción que permita pensar las formas sociales de vida a través del arte y de un conjunto de manifestaciones y eventos que en muchas circunstancias quedan excluidos de la interpretación sociológica. En este sentido hay una especie de método subyacente que busca transformar el "testimonio" literario (y artístico en general, como por ejemplo la arquitectura), en un dato, en un indicador apto para ser utilizado en la reexplicación de una realidad anteriormente enfrentada por autores que se mueven más en los ámbitos estéticos que en los de la teoría social.

La caracterización construida de los tiempos modernos echa también profundas raíces en el aporte de Marx, que por pertenecer a la misma generación de algunos autores de las obras literarias intencionalmente seleccionadas —por ejemplo Baudelaire y Dostoievski—² permite a Berman dar una gran tensión a los argumentos desarrollados en el libro. Esta tensión proviene justamente de la apropiación de fragmentos de algunas obras, que puestos unos al lado de los otros rescatan no solamente la fragmentación de la sociedad vivida por la llamada generación de 1840, sino también formas distintas de percepción de una realidad ubicada en un tiempo cronológico preciso, no obstante espacial e intrínsecamente di-

² Cabe destacar que Goethe (autor incorporado en los primeros capítulos del libro) vive en el periodo 1774-1832, cuya obra, Fausto, es producida algunas décadas antes de *El manifiesto comunista* de Marx y Engels (1848), también objeto de estudio de Berman.

ferentes (la Rusia zarista, y la Europa occidental principalmente en el contexto de los ambientes franceses y alemanes).

A este elemento “comparativo-diferenciado”, observable entre los países en cuestión, se suma otro que funciona en el mismo sentido, relacionado con las características internas de cada país; son realidades complejas, que reúnen en estado de convivencia relaciones sociales en declive con otras emergentes. Lo viejo y lo nuevo se articula con pesos desiguales; lo que ya estaba cristalizado en términos de estructuras, instituciones, formas de vida y acción empieza a desmoronarse sin que las nuevas pautas lleguen a adquirir un contorno evidente. Este contexto pone a sus intérpretes y a los productores de las representaciones características del periodo (Europa en la segunda mitad del siglo XIX) en una especie de perplejidad frente a la realidad.

Esta problemática, aludida en términos simplificados en esta nota, recibe un tratamiento muy complejo en el libro de Berman. En efecto allí se establece una dialéctica entre los rasgos premodernos y modernos, que no obstante está inscrita en el marco de un fenómeno mayor: la Ilustración. Ésta funciona como el trasfondo histórico-cultural de las continuidades y rupturas observadas en términos económicos, políticos, sociales, artísticos, etc. Berman esboza algunos elementos para una posible periodización de la modernidad; la divide en tres fases para luego ocuparse mayormente de la segunda, subsecuente a la Revolución Francesa.

En el último capítulo del libro, Nueva York es abordada para ilustrar —con un sentido en cierta medida metafórico— la prolongación en el tiempo de ciertos procesos que han marcado la modernidad; el más trabajado a este nivel es la construcción de las grandes metrópolis mundiales, que guardan ciertos paralelismos entre sí a pesar de los ritmos y tiempos desiguales. La destrucción de parte de la ciudad antigua, para dar cabida a monumentos, plazas, nuevas avenidas, que crean condiciones diferentes y formas alteradas de convivencia de la población, es la idea que subyace a la destrucción/reconstrucción de los contextos espaciales analizados.

La ciudad como un ámbito para entender la modernidad

El retorno a Baudelaire en los estudios sobre la modernidad ha sido un hecho recurrente. Sus producciones cristalizadas en poemas, prosa poética y ensayos, aparecen en el periodo más reciente integradas en diferentes tipos de discursos (Benjamín, 1967; Habermas, 1988

y 1989; Foucault, 1988), sea para ilustrar situaciones sutiles, no siempre fáciles de definir (como por ejemplo el propio concepto de modernidad), sea para apoyar argumentos cuya densidad subjetiva escapa al instrumental específico del lenguaje teórico.

La percepción de lo que significa ser moderno incluye una dimensión rescatada brillantemente por Foucault (1988), que se refiere a la actitud de los individuos frente al fenómeno de la modernidad.³ En este sentido la propuesta de Baudelaire funciona como un elemento crucial para un determinado tipo de comprensión de lo moderno, que a pesar de referirse a un estado dado de las estructuras e instituciones, sobrepasa este ámbito para reportarse al “espíritu del tiempo moderno” captado por los sentimientos, acciones y reacciones del hombre que vive la experiencia de la modernidad.

Con la afirmación de que “el espíritu y la disciplina de la modernidad estética se diseñó claramente en la obra de Baudelaire” (Habermas, 1989:132), o de que “su conciencia de la modernidad es ampliamente reconocida como una de las más agudas del siglo XIX” (Foucault, 1988:295), se acentúa tanto la importancia de las percepciones baudelaireanas, como la emergencia de las condiciones para un re-examen de las visiones de Baudelaire, en las que se mezclan “la experiencia estética e histórica de la modernidad” (Habermas, 1988:320).

La reflexión de Berman se inscribe exactamente en el contexto de esta apertura de espacios que busca incorporar aspectos de la producción de Baudelaire para localizar características de la modernidad no capturadas en los estudios de teoría social. Berman comenta detalladamente varios trozos de poemas y ensayos de Baudelaire,⁴ pero desde el punto de vista de la problemática de la ciudad se ocupa mayormente de los poemas en prosa, aunque algunas interpretaciones importantes sobre este tema, más vinculadas con la multitud de las metrópolis, se derivan de otros textos.⁵

La ciudad es tomada como un “indicador” de la modernidad

³ “Y por actitud quiero decir una manera de relacionarse con la realidad actual [...] finalmente una manera de pensar y de sentir; una forma también de actuar y de conducirse que al mismo tiempo marca una relación de pertenencia y de presentación de sí mismo como una tarea. Un poco sin duda, lo que los griegos llamaron *ethos*”. (Foucault, 1988:295.)

⁴ En este punto estoy en desacuerdo con Merquior (1989:9) quien afirma que Berman al referirse a Baudelaire “consigue dedicar todo un capítulo sin discutir uno sólo de sus poemas”.

⁵ Véase Berman, 1989.

cristalizada no solamente en la infraestructura urbana (avenidas, monumentos, etc.), sino también en el carácter multitudinario de la presencia humana, lo que da una óptica creativa para el estudio de la convivencia social.

Para los fines de esta breve nota quisiera referirme a algunos puntos que además de presentes en Baudelaire, y de tener la virtud de poder ser claramente apropiados por la reflexión sociológica, funcionan en cierta medida como ejes articuladores de una parte del discurso de Berman.

De las reflexiones multitemáticas de Benjamin (1967:15 y 16) una interesa de cerca para enmarcar —en términos de antecedente— algunos argumentos de Berman (1989:145) quien al reportarse al mencionado autor afirma que su trabajo “sigue el camino abierto por Benjamin”. El tema abordado por este último se refiere a la percepción de la multitud en Baudelaire. Ésta es:

siempre de la metrópolis: su París es siempre superpoblada [...] la masa es hasta tal punto intrínseca en Baudelaire, que en su obra se busca inútilmente una descripción de ella. Como sus temas esenciales, no aparece nunca en forma de descripción [...] la masa era el velo fluctuante a través del cual Baudelaire veía París. (Benjamin, 1967:17 y 18.)

Esta referencia *no descriptiva* a las masas, a la multitud, es ilustrada por Benjamin (1967:18) con un verso multicitado de *Les fleurs du mal*; “La rue assourdissante autour de moi hurlait”. Con metáforas Baudelaire deja constancia de la existencia de la multitud; los atributos de la calle no son de ella misma, pero se deben al hecho de que están superpobladas.

Esta sensibilidad para un componente importante de las grandes metrópolis modernas, que está dado por la presencia masiva de la gente en las calles, es también elemento definitorio de la modernidad. Berman trabaja con esta idea y busca dar un soporte histórico a su discurso indicando que la emergencia de la multitud en las calles sólo fue posible a raíz de las grandes reformas urbanas realizadas en París por Haussman durante el periodo de Napoleón III en torno a 1850. Estas reformas se hacen bajo el impacto de un doble proceso desplegado simultáneamente; la destrucción y reconstrucción de la ciudad.⁶

⁶ Benjamin (1967:17) observa la existencia de una masa más populosa en París en relación con otras ciudades europeas, que es previa a las reformas urbanas de Haussman-Napoleón III. Esta reflexión da una pauta para pensar en las “pre-

En el centro de París, por esta época, se implanta una gran reforma urbana, que cambia sus características aún vigentes de ciudad medieval. Por la ambición del proyecto, y también por inscribirse en un ambiente de enfrentamiento entre la lógica de lo existente (rasgos medievales) y la nueva lógica de la modernización urbana, “las transformaciones eran altamente revolucionarias” (Berman, 1989:146). La naturaleza de este proceso está definida por un conjunto de factores adicionales tales como: dar mayor amplitud espacial para los requerimientos del tránsito; estimular la expansión de los negocios; proporcionar la creación de nuevos puestos de trabajo (“empleando decenas de millares de trabajadores” en las obras de remodelación urbana); posibilitar la emergencia de monumentos culturales como por ejemplo la Ópera, etcétera.

No obstante, Berman presenta de manera contundente la función legitimadora del poder del Estado que está involucrada en el proyecto de reformas, indicando además sus aspectos paradójales. En este sentido incorpora la visión crítica que sobre este proceso tuvieron varios autores y entre ellos Balzac, Engels, Chevalier. De este último rescata indicaciones sobre la reducción del número de habitaciones populares, proliferación de epidemias en los barrios pobres, etc., que coincidieran con los aspectos lujosos y derrochadores de recursos requeridos para el proyecto.

En este sentido los bulevares y la modernización urbana en general crean nuevas bases económicas, sociales, estéticas para reunir enormes cantidades de personas (Berman, 1989:151). Por esta razón el proceso simultáneo de destrucción/construcción se refiere igualmente a las relaciones de convivencia de la población. Al echar abajo cientos de inmuebles, el proyecto destruye no solamente barrios que existían desde varios siglos, sino también pone en estado de relación, en los nuevos espacios abiertos (que devienen centrales para la reproducción de la vida con sus tiendas, mercados, espacios de entretenimiento, etc.), con sectores de la población anteriormente aislados en ámbitos más fragmentados de la vieja ciudad.

Este ambiente es vivido por Baudelaire pues mientras “trabajaba en París, las obras de modernización proseguían a su alrededor, sobre su cabeza y bajo sus pies” (Berman, 1989:146). Pero el papel protagónico y crítico de Baudelaire en este proceso, fue haber podido cristalizar en su producción poética y literaria el drama

disposiciones previas” (por lo tanto históricas) de este estilo de convivencia pública (que no obstante sufrió un proceso de consolidación, ampliación y en cierta medida concentración con las reformas analizadas por Berman).

y el trauma que tal tipo de modernización, ágil y también violenta, causa en los individuos (destruyendo lo viejo, lo habitual y lo conocido para implantar algo nuevo; una ciudad moderna). Según Berman (1989:146), Baudelaire muestra “cómo la modernización de la ciudad inspira e impone a la vez la modernización de las almas de sus ciudadanos”.⁷

Este nuevo espacio público, típico de un contexto de modernidad, es delimitado por la transformación de las estructuras (las calles, la ciudad, el tránsito, etc.) pero, tanto para Baudelaire como para Berman, estos cambios estructurales son apenas un aspecto del proceso, que visto en términos amplios tiende a redefinir (además de los elementos ya mencionados) la percepción y función de las manifestaciones estéticas. Al afirmar que el artista moderno “deberían levantar su hogar en el corazón de la multitud”, Baudelaire (citado por Berman 1989:143), transmite una actitud que da énfasis a la relación necesaria entre el poeta y la gente que comparte con él la situación de vivir en un mismo contexto y una experiencia: la modernidad.

Pero a la relación anteriormente mencionada que alude en términos imprecisos al vínculo del artista con la sociedad, se sumará otra característica, referida a la relación del artista consigo mismo. En este sentido Baudelaire (citado por Berman, 1988:138) afirma “toda eflorescencia (en el arte) es espontánea, individual. (...) El artista sólo surge en sí mismo”.

Foucault (1988)⁸ toma esta relación desde un punto de vista más amplio: la remite en primer término a la inserción del hombre (y no solamente del artista) en el contexto en que vive para luego añadir una observación adicional (proveniente, igualmente de la perspectiva baudelaireana), según la cual la *modernidad* “no es simplemente la manera de relacionarse con el presente; es también un tipo de relación con nosotros mismos (...) es tomarse a sí mismo como un objeto complejo y elaborado [...] es enfrentarse a la tarea de reproducirse a sí mismo”. Creo que esta perspectiva adicional, añá-

⁷ Dada la naturaleza del discurso de Baudelaire, que rescata “las experiencias que surgen de la vida cotidiana concreta” (Berman, 1989:147), en una visión que busca identificar “el espíritu del tiempo moderno”, surge la posibilidad de que su aporte sobre la modernidad se transforme en una verbalización con un grado elevado de generalización, una especie de “arquetipo de la vida moderna” (Berman, 1989:147).

⁸ Se trata del último trabajo de Foucault, en que se ocupa de Kant y Baudelaire. Comenta sus aportes y al hacerlo produce reflexiones originales. Véase Farfán (1988) para la importancia del texto y su ubicación en el resto de su obra.

dida, da una dimensión más profunda al hombre y a su propia actitud (hacia lo moderno, hacia el contexto social en que vive, etc.) que adquiere el atributo de una práctica individual y se manifiesta tanto en el ámbito público como en el privado.

Otro rasgo típico de los ambientes urbanos que funciona como elemento inspirador de la percepción de lo moderno en Baudelaire y sirve al mismo tiempo para ilustrar la compleja relación entre la modernización de las estructuras y la emergencia del espíritu de la modernidad, es el *tránsito*. En este contexto se enfrenta el *individuo* —en la situación de peatón desprotegido— a la *fuerza* de una estructura, simbolizada por el tránsito. Esta relación individuo/estructura (que tiene un sentido profundamente sociológico) es captada por Baudelaire (citado por Berman, 1989:159) en una construcción metafórica; “cruzaba el bulevar, en medio de un *caos en movimiento*, con la muerte galopando hacia mí por todos los lados” (cursivas mías).⁹

Frente a este juego de fuerzas desiguales el hombre moderno debe ajustarse y tener ciertas actitudes —en tanto que individuo— para enfrentarse a las imposiciones macrosociales (en este caso el símbolo es el tráfico) generadas por el proceso de modernización de Napoleón IV —Haussman. Pero al mismo tiempo esta nueva infraestructura de calles, bulevares, que dan mayor posibilidad de locomoción por los transportes de esta época, etc., ofrece al individuo nuevas posibilidades y le da acceso a formas de vida antes desconocidas. Estos argumentos sirven una vez más para ilustrar la afirmación anterior de “cómo la modernización de la ciudad inspira e impone a la vez la modernización de las almas de sus ciudadanos” (Berman, 1989:146).

La fuerza de la inspiración

Cabe notar que este tema general, y la articulación de problemas en su interior, adquiere un peso marcado en la construcción analítica de Berman y llega a funcionar no solamente como un eje articulador de su exposición sino también como un *leitmotiv* de su in-

⁹ Una observación importante hecha por Berman (1989:159), y que destaca la dramaticidad de la situación, es que en los tiempos de Baudelaire no había semáforos; este acontecimiento da una mayor profundidad a la metáfora “caos en movimiento”.

vestigación referida a contextos sociohistóricos distintos. En la introducción de este texto mencioné que el discurso sobre el Nueva York del periodo reciente se refiere a una especie de prolongación, en el tiempo, de ciertos procesos que han marcado la modernidad del siglo XIX, o sea la que se desarrolla y se cristaliza poéticamente en la obra de Baudelaire.

La ciudad, la calle, la multitud, el individuo perplejo, sus acciones, actitudes y reacciones constituyen, juntamente con los macroprocesos transformadores del ambiente urbano, las unidades de análisis privilegiadas por Berman en su investigación sobre Nueva York (sin que este privilegio quite importancia a otros aspectos más amplios del análisis).

Este mismo hilo está presente (con matices distintos, pues no se trata de una aplicación mecánica) en la investigación de Berman sobre San Petersburgo, una ciudad tomada como el símbolo del modernismo del subdesarrollo.

En otros dos textos (Berman, 1987 y 1990), estas problemáticas son retomadas, desde ópticas distintas, no obstante profundamente imbricadas con el *leitmotiv* ya mencionado, para adentrarse en el estudio de lo que en algunos autores aparece bajo la designación de “modernidad tardía” (Habermas) para reportarse al momento actual.

En los dos últimos capítulos del primer texto, Berman (1987) además de referirse a temas baudelaireanos, se ocupa de estudiar espacios públicos/espacios privados, teniendo como punto de referencia la ciudad. En el segundo texto, Berman (1990) se ocupa de contestar las críticas que le fueron hechas por Anderson (1990). Aquí encontramos un discurso *intencionalmente* fragmentado¹⁰ que se utiliza como método de exposición para contraponerse a un relato coherente y globalizador como lo es el de Anderson. Se trata de una forma alternativa de relato, que al organizarse en torno a lo fragmentario, establece un vínculo especial entre la realidad y el recurso utilizado para interpretarla. Pero todo ello se hace en torno a escenarios construidos en el ámbito de la ciudad, en los que las modalidades baudelaireanas de percepción, a pesar de sufrir una especie de actualización, permanecen presentes.

¹⁰ Sobre la cuestión de la fragmentación Berman (1989:3) apunta la existencia y el predominio de una concepción de la modernidad “concebida en numerosas formas fragmentarias” que le hacen perder “su capacidad de organizar y de dar significado a la vida de las personas”.

La relación entre modernidad/modernización/modernismo y el establecimiento de una perspectiva analítica

Berman opera con un panorama conceptual muy cercano a la preocupación sociológica, y produce un esfuerzo para elaborar algunos parámetros analíticos generales pertinentes al estudio de la modernidad. En el proceso de utilización de los conceptos¹¹ se adopta una perspectiva de relación en la que los elementos de la realidad a ser captada por ellos se presentan muy vinculados entre sí; esto provoca que la modernidad, la modernización y el modernismo estén inscritos en una especie de red tanto real como conceptual.

A pesar de que el libro se ocupa mayormente de la fase de la modernidad que se inicia con la Revolución Francesa (y de que en el interior de esta fase privilegie la segunda mitad del siglo XIX), Berman indica, por un lado, que la modernidad comienza algunos siglos antes del periodo mencionado y, por otro, subraya que aún vivimos en el contexto de la modernidad.¹² Esto queda totalmente claro en diferentes partes del texto y también en el propio título de su introducción: "La modernidad, ayer, hoy, mañana". Esta precisión previa es importante sobre todo para dar realce al contenido de sus pautas de análisis y conceptos.

La noción de modernidad en Berman tiene un contenido que no se reduce a la mera modernización socioeconómica, y tampoco se identifica simplemente con el modernismo cultural; es una suerte de "experiencia vital" localizada en espacios en los que conviven una multiplicidad de elementos de naturaleza distinta, no obstante en íntima interacción. Me gustaría proponer algunas hipótesis para interpretar los planteamientos anteriores. Pienso¹³ que la modernidad en Berman puede ser medida por la existencia de dos amplios procesos cuyo análisis deberá rescatar sus profundas interrelaciones; *la modernización* (entendida como un conjunto de

¹¹ No se trata de conceptos teóricos en el sentido riguroso del término, pero a despecho de ello tienen un gran poder descriptivo, lo que permite al autor organizar el análisis de manera original.

¹² Para elementos sobre una visión de lo moderno, de su campo de gestación, desarrollo previo y consolidación a partir de la Ilustración, véase Foucault (1988), Habermas (1989) y Casullo (1990). Cabe destacar que hay ciertos puntos de contacto entre las formulaciones de Berman y las de Habermas sobre la durabilidad y la presencia actual de un proyecto moderno redefinido.

¹³ Para visiones distintas véase Bathrick (1988), Anderson (1990) y Merquior (1990).

transformaciones que se dan en ámbitos demográficos, urbanos, industriales, de infraestructura, científicos, tecnológicos y otros, provocados por conflictos de diferente naturaleza, movimientos de masas, reformas emprendidas por el Estado) y *el modernismo* (entendido como un acontecimiento que nace junto con la experiencia global de la modernización se reporta a un fenómeno amplio que se da en el surgimiento de “ideas y visiones” que pretenden dar a los hombres que viven la experiencia de la modernidad “el poder de cambiar el mundo que está cambiándoles” (Berman, 1989:2). Se trata más bien de cuestiones referidas a lo moderno en cuanto cultura y a este respecto Berman (1989:3) afirma que “la cultura del modernismo en el mundo (...) consigue triunfos espectaculares en el arte y el pensamiento”. Habla de “la imaginación y conciencia modernista”. Otra formulación de esta misma idea se encuentra en Berman (1989:124), cuando afirma “*Es la cultura modernista que mantiene vivos el pensamiento crítico y la imaginación libre*” (cursivas mías).

Evidentemente esta percepción del modernismo tiene un amplio espectro y por la naturaleza de su contenido difícilmente podría ser referida exclusivamente al modernismo como movimiento artístico y estético (aunque lo abarque).

La modernización y el modernismo son procesos distintos que no obstante están íntimamente imbricados (o sea, no se remiten a lógicas duales). Pero el imbricamiento se da en relaciones de mutua influencia, en las que a veces predomina la lógica del proceso modernizador (aunque ésta no sea homogénea) y a veces la lógica crítica del pensamiento, visión y producción modernista, (a pesar de que sea diversificada).¹⁴

Esta relación aparece frecuentemente y se ilustra cuando Berman (1989:114), al comentar a Marx, se refiere al hecho de que “la cultura moderna es parte de la industria moderna” y esto significa apuntar hacia una especie de control “sobre los medios de producción de la cultura”. Esta idea, rescatada para un contexto pasado, es retomada por Berman en el análisis actual de la producción artística y estética (consideradas como tipos de manifestaciones cru-

¹⁴ Berman ilustra la existencia de varias lógicas en conflicto (y por lo tanto de sujetos críticos) en el proceso modernizador en París. Otras referencias se encuentran en los casos de las reformas urbanas de Nueva York y San Petersburgo. El pensamiento modernista y las manifestaciones producidas también son múltiples, y nada tienen de lineales. Estos elementos complican el tiempo y dan riqueza a su “esquema”.

ciales de la producción del modernismo) que en determinadas circunstancias quedan sometidas a las orientaciones y formas adoptadas por la modernización (como en el caso del desarrollo de los medios de comunicación). Otro ejemplo (Berman 1989:122), presentado en su crítica a Bell, es cuando afirma que “estos movimientos espirituales y culturales, a pesar de su poder eruptivo, han sido borbotos en la superficie de un caldero social y económico que ha estado hirviendo y derramándose durante más de cien años. Es el capitalismo moderno y no el arte y la cultura modernos, el que ha mantenido el caldero en ebullición”.

En los dos ejemplos indicados hay una especie de dominio de la lógica del proceso modernizador sobre el ámbito de generación y producción de las manifestaciones modernistas. Pero toda vez que es en el ámbito de “la cultura y de la conciencia modernista que se mantienen vivos el *pensamiento crítico y la imaginación libre*” (cursivas mías), queda sentada la posibilidad de una influencia en sentido contrario, marcada por la protesta de un cierto tipo de pensamiento que busca una racionalidad distinta de la impuesta por los procesos modernizadores. Este pensamiento actúa mediante la crítica. Berman (1989) da numerosos ejemplos de este movimiento crítico que se manifiesta en diversas instancias que componen el modernismo, y al hacerlo justifica su óptica que recalca la presencia de relaciones conflictivas entre lógicas diferentes que conviven y dan particularidades a un determinado tipo de modernidad.

A partir de la convivencia de estos dos conjuntos de procesos —la modernización y el modernismo— se plantean las características de la modernidad. Según Berman (1989:2) su libro es un estudio de “la dialéctica entre modernización y modernismo”. Por lo tanto, de la dialéctica entre estos dos procesos se van precisando, según pienso, los contenidos particulares y cambiantes de la modernidad, que no están dados previamente según lógicas de funcionamiento o devenires claramente demarcables. Las fases de la modernidad dependen de la naturaleza interna de los macro conjuntos de procesos —modernización/modernismo— (marcados por diversos tipos de cambios) y de las relaciones que surgen entre ellos. De ahí aparece lo que podríamos llamar la posibilidad de historización de la modernidad, pero no su encajonamiento fijo en etapas claramente determinables.¹⁵

¹⁵ Creo que por la presencia de esta perspectiva la modernidad aparece algunas veces en Berman como un fenómeno que abarca todo y por esta misma razón

Así, a partir de la constitución de una *modernidad determinada* (sea la de ayer, sea la de hoy), o de la emergencia de un tipo de “experiencia vital” compartida por los hombres, se establecen pautas que a su vez intervienen en la relación (y en los contenidos) de los fenómenos modernización/modernismo.

A este esfuerzo integrador se suma una profunda crítica a los enfoques dualizadores y sobre esto Berman (1989:82, 127) afirma que “el pensamiento moderno sobre la *modernidad* está dividido en dos compartimentos diferentes, herméticamente cerrados y separados entre sí: la *modernización* en economía y política; el *modernismo* en el arte, la cultura y la sensibilidad”. Las visiones de la vida moderna tienden a privilegiar el plano material o el plano espiritual, sin integrarlos: “algunos se dedican al *modernismo* que ven como una especie de espíritu puro que evoluciona de acuerdo con sus imperativos artísticos e intelectuales autónomos; otros operan dentro de la órbita de la *modernización*; un complejo de estructuras y procesos materiales” (cursivas mías). La perspectiva del estudio de Berman, que predica y transforma en una práctica de análisis la constitución de un ámbito de relación entre modernidad/modernización/modernismo, permite un acercamiento original a la cuestión de la condición moderna.

La modernidad en Berman, como ya se mencionó, está influida por la interrelación entre modernismo y modernización, pero no se reduce ni se identifica totalmente con estos fenómenos. Al estar remitida a una “experiencia vital”, vivida por hombres y mujeres que comparten la “experiencia del tiempo y el espacio, de uno mismo y los demás, de las posibilidades y los peligros de la vida” (Berman, 1989:1), pienso¹⁶ que la modernidad según Berman echa sus raíces y se constituye a partir del *ámbito de la vida cotidiana*, a partir del mundo de las vivencias. En relación con esta perspectiva creo pertinente hacer una alusión de la idea de Foucault (1988:295) que sugiere imaginar a la modernidad “como una actitud”, como “una

no se refiere a nada. Pero si se pone atención al método (nunca explicado por el autor) que subyace a la original construcción de sus argumentos, se puede rescatar la existencia de modernidades diferentes (esto se ilustra una vez más con el título de su introducción; la modernidad, ayer, hoy, mañana).

¹⁶ A estos argumentos doy también el carácter de una *hipótesis* interpretativa, no sólo porque no existe en Berman una verbalización clara y sistemática al respecto, sino también por la existencia de visiones muy diferentes sobre el contenido de la modernidad desprendida del mencionado autor. Véase sobre todo Anderson (1990).

manera de relacionarse con el mundo actual”, como “una manera de pensar y de sentir” y también como “una forma de actuar y de conducirse”.¹⁷

En este sentido hay un cierto vínculo (no siempre explícito) con los razonamientos de Baudelaire, quien reporta la modernidad como una experiencia, una vivencia, sólo captable por el intérprete, a partir de los contextos de la vida cotidiana, tomada como ámbito privilegiado de desarrollo de las “experiencias vitales” y de surgimiento de las “fuerzas fundamentales de la vida moderna”. A pesar de que tenga matices diferentes, el *mundo-de-vida* (o mundo vital) en Habermas y la *vida cotidiana* en Lukács y Heller, también remiten de diferentes maneras a esta cuestión de la experiencia vital.

En Berman el ámbito de la modernidad está construido con múltiples aspectos, pero uno que quiero resaltar, es un conjunto de acciones, reacciones de los *individuos* que al enfrentarse a los problemas y condicionantes sociales, devienen creadores de nuevas propuestas que compiten con otras ya existentes, sea en estado de simple convivencia, sea en estado de conflicto.

La cuestión del *individuo* se rescata también en otros ejemplos como el que alude al mercado mundial capitalista: su surgimiento (consolidación y ampliación) no sólo tiene un efecto económico macrosocietal, sino también una gran incidencia en las formas de satisfacción de las necesidades humanas individuales, y esta incidencia se refleja en el enorme poder del mercado sobre “las vidas íntimas de los hombres modernos”. Este estilo de razonamiento enmarca el mismo tipo de relación que indiqué en la parte de Baudelaire, sobre el tráfico y los cambios en el espacio urbano. O sea, la relación individuo-estructuras se manifiesta otra vez pero en una instancia mucho más abstracta, la del mercado capitalista, cuyas formas de presión sobre el individuo y su vida cotidiana no se presentan de modo tan inmediato (como el tráfico por ejemplo), pero sí de forma mediatizada por otros procesos. De este encadenamiento de estructuras (apenas indicado tangencialmente en esta nota) y procesos que se gestan, se amplían, se consolidan y se retroalimentan surge la metáfora creada por Berman y utilizada a lo largo del tex-

¹⁷ Evidentemente esta alusión a Foucault tiene que ser muy cautelosa, pues además de estar totalmente ausente de la obra de Berman, en tanto que fuente de inspiración, la perspectiva foucaultiana (sobre todo la referida a *Vigilar y castigar*) es duramente criticada. Esta observación sin embargo no impide que Berman sin quererlo (o aún sin saberlo) se acerque al Foucault del último texto producido antes de su muerte. (Para la crítica de Foucault véase Berman, 1989:23, 24, 25.)

to. Esta metáfora otorga a la modernidad el atributo de una “vorágine”, que atañe a todos independientemente de “la geografía, la etnia, de la clase, de la nacionalidad, de la religión, de la ideología” (Berman, 1988:1). Y lo interesante es que Berman, para explicar el origen de la vorágine,¹⁸ remite al lector a los procesos que se generan en la modernización en general y en la modernización capitalista en particular.

Esta vorágine tiene además un matiz destructor: “nos arroja a todos a una [...] perpetua desintegración y renovación”. Para explicar esta característica, Berman se apropia de la frase de Marx en *El manifiesto comunista*, que es la misma que sirve de título para su libro “todo lo sólido se desvanece en el aire” (Berman, 1989:1).¹⁹ Esta idea acompaña el desarrollo del libro y en capítulos posteriores recibe la siguiente formulación: “la tendencia de la modernidad de hacer que todo sea nuevo: la vida moderna del año próximo tendrá un aspecto diferente a la de este, aunque ambas sean parte de la misma época moderna” (Berman, 1989:144).²⁰

“La modernidad ayer, hoy, mañana” y la posmodernidad

La discusión de la posmodernidad es inseparable de las cuestiones relativas a la modernidad, no solamente porque los rasgos modernos (con las continuidades y rupturas que han implicado respecto al proyecto que le da cuerpo: el de la Ilustración)²¹ están aún presentes en la sociedad, sino también porque en la modernidad y su crisis se puede problematizar los planteamientos sugeridos en el contexto de la reflexión posmoderna. Esta especie de inseparabilidad se observa incluso en Lyotard (1984 y 1988), que al ocuparse centralmente de proponer elementos para pensar la condición posmoderna, establece un movimiento de va-y-viene que involucra tanto

¹⁸ Esta metáfora tiene algo de espíritu del “caos en movimiento” y también se asemeja a otra el torbellino (*tourbillon*) (ambas se encuentran en el capítulo sobre Baudelaire).

¹⁹ Es importante recalcar que hay en Berman una visión “evanescente” de Marx sobre la modernidad y también otro tipo de visión que se establece en competencia y tensión con la anterior.

²⁰ Sobre este mismo punto Berman (1989:144) concluye: “Pero el hecho de que no se puede entrar dos veces en la misma modernidad hará que la vida moderna sea particularmente escurridiza y difícil de captar”.

²¹ Para un breve pero bien logrado acercamiento a distintas visiones de la Ilustración, véase Farfán (1988).

las concepciones fundadoras de la modernidad, como los ejes reflexivos de la posmodernidad.

A pesar de muchas excepciones encontramos en el debate modernidad/posmodernidad un conjunto de discusiones que se enfocan al presente y se relacionan con el panorama de pensamiento crítico contemporáneo. El debate engloba conocimientos producidos por distintos tipos de pensadores, lo que da a las discusiones un espectro multidisciplinario, compuesto por los saberes de los que piensan en los ámbitos del arte (en sus diferentes manifestaciones: literatura, música, arquitectura, pintura), de la filosofía, sociología, política, historia, antropología. Pero al mismo tiempo, por implicar un repensar de la modernidad sobre sí misma, sea para establecer pautas de ruptura, sea para rescatar continuidades aún vigentes, los términos del debate se inscriben en una especie de tránsito entre pasado y presente. Esta observación sin embargo amerita otra, para dar un sentido particular a esa relación pasado/presente. La búsqueda del pasado no quiere significar que los problemas actuales de la modernidad se plantearán en función de las otras modernidades pretéritas.²²

Otra referencia general a este debate pone énfasis en el hecho de que además de innovador (y de servir de fuente para pensar los caminos tomados por la teoría social, la filosofía, etc.), “ha tenido la virtud de clarificar conceptos y posturas, así como orientar buena parte de la investigación teórica contemporánea” (Casullo, 1990; Picó, 1988:9).

A partir de este contexto quiero presentar algunas referencias adicionales a Berman, a manera de conclusión.

En Berman está presente la idea de que hay que reconstruir un proyecto moderno que pueda entender en la actualidad las patologías de la modernidad, mediante la creación de una instancia de un pensamiento crítico renovado. (En este punto comparte con Habermas una posición similar.) Además se suma a esta idea otra no menos importante, referida a la inserción de esta reflexión crítica en un marco de referencia más amplio que se reporta tanto al pasado (la Ilustración en términos generales y el siglo XIX en términos particulares), como al momento actual, lo que se refleja en su debate

²² A este respecto encontramos en Habermas (1987:23) la siguiente afirmación: “la modernidad ya no puede tomar prestado de los modelos de otras épocas sus patrones de orientación, ella se encuentra completamente abandonada a sí misma, y es de sí misma que tiene que extraer su normatividad”.

con los neo-conservadores, con la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt, y con los postestructuralistas.

No obstante sus reflexiones sobre el momento actual marcado por una suerte de enfrentamiento de ideas diferentes, provenientes del debate modernidad/posmodernidad,²³ parecen estar atadas a una posición que busca acercarse a esta polémica sólo en terminos tangenciales y por veces amputando a la postura posmoderna la creatividad que evidentemente tiene.

Mediante una categorización de “tres grandes tendencias basadas en las actitudes hacia la vida moderna en su conjunto: afirmativa, negativa y marginada”, Berman (1989:17 y 21) habla de la tendencia de los que se “llaman a sí mismos de posmodernistas” y los enmarca en el grupo de los modernistas afirmativos.²⁴

Al analizar las producciones en arte y las reflexiones de las últimas décadas anteriores a 1980, referidas a las “visiones y revisiones de la modernidad” con “orientaciones activas hacia la historia” y que representaban “intentos de conectar el presente turbulento con un pasado y un futuro”, afirma que todas estas iniciativas fracasaron. Según Berman (1989:22) este fenómeno da lugar a una especie de fragmentación del pensamiento modernista.

Esta fragmentación se refleja en el hecho de que los representantes del mencionado pensamiento abandonan el ámbito reflexivo que se enmarca en el proyecto moderno: “unos se han sumergido en el mundo del estructuralismo” mientras que “otros han adoptado la mística del posmodernismo”. Estos últimos, según Berman, se:

esfuerzan por cultivar la ignorancia de la historia y la cultura moderna y hablan como si todos los sentimientos, la expresividad, el juego, la sexualidad y la comunidad humanos acabaron de ser inventados —por los posmodernistas— y fueron desconocidos, e incluso inconcebibles una semana antes (Berman, 1989:23).

Esta fragmentación atañe de igual manera a los científicos sociales, que en vez de dedicarse a la tarea de “construir un modelo

²³ A este respecto hay una sistematización en Hopenhayn (1988:61) quien organiza los términos del debate entre “los *posmodernistas* entusiastas, que proclaman el colapso de la modernidad, de sus bases culturales y de sus paradigmas en ciencias sociales, en política, en arte, en filosofía”, y “los *modernos críticos*, que reconocen la crisis de la modernidad, pero como un punto de inflexión que no supone la obsolescencia de dicha modernidad, sino que es parte de su propia dinámica”.

²⁴ Para una revisión detallada de estas tendencias y la localización de sus representantes, véase Berman (1989:17 y 21).

que pudiera ser fiel a la vida moderna”, se han ocupado de fragmentarla en diferentes componentes aislados (“industrialización, construcción del Estado, etc.), sin producir un intento integrador. Al reportarse a estas impresiones Berman (1989:24) alude “al *eclipse* del problema de la modernidad” (cursivas mías).

Creo que a partir de las ideas de Berman —muy escuetamente reunidas, lo que implica el riesgo de imprecisiones— se pueden plantear algunas cuestiones relacionadas con la parte inicial de este capítulo.

No hay una *problematización* de los planteamientos de la reflexión posmoderna, sino más bien a partir de una crítica sobre el abandono del proyecto moderno (por los intelectuales en su sentido amplio) Berman asume una suerte de perplejidad frente a la posmodernidad. Pero me pregunto: ¿la cultura y los contextos actuales ya no son capaces de producir (con base en los problemas y contradicciones propios de la modernidad de hoy) lo que Berman afirma sobre la cultura modernista en general, que mantiene vivos el pensamiento crítico y la imaginación libre?

Es innegable el papel que el debate modernidad/posmodernidad está ejerciendo sobre la investigación teórica actual tanto en la clarificación de conceptos y enfoques, como en la crítica a los rumbos tomados por la producción científica, filosófica, etc. La postura de Berman sobre los intelectuales, científicos sociales (que además es hecha en *bloque*, como si se tratara de un conjunto homogéneo) impide de cierta manera rescatar la función pedagógica y desestructurante que este tipo de crítica ejerce sobre lo establecido en términos de paradigmas y conocimientos científicos que involucran certezas y seguridades falsamente planteadas.

Así es que da un poco la impresión de que Berman en lo que se refiere (explícita y únicamente) a la cuestión posmoderna, se deja subsumir en una especie de parálisis, que le impide valorar los nuevos caminos que se están abriendo, en términos de la reflexión sobre la realidad estudiada por algunas vertientes de pensamiento posmoderno.

Pero si recordamos la densidad del texto que está dada no solamente por la consistencia de los planteamientos sino también por la perspectiva que busca lo nuevo, lo emergente (aunque sea muchas veces en términos históricos), creo que muy a despecho de las visiones mencionadas, su libro está irremediamente incluido en el debate modernidad/posmodernidad, que exactamente pretende pensar los devenires de la modernidad (no importa si con énfasis en las rupturas o en las continuidades).

Elementos de crítica

Como ya mencioné, Berman construye su libro de manera original y con gran brillantez reflexionando sobre los desdoblamientos implicados en el proyecto moderno, mediante la lectura y bajo la influencia marcada de varios clásicos de la literatura y de Marx.

Huyendo de los discursos teóricos ya consagrados, Berman privilegia ángulos de percepción y visiones que le permiten juntar en una explicación estimulante y en un mismo discurso, tensión, coherencia e ideas novedosas. Pero creo que este mismo procedimiento de alejarse del conocimiento teórico acumulado, que por cierto encierra algo de virtud y mérito, puede conllevar a problemas insalvables cuando es asumido como “un caso extremo”. Uno de ellos por ejemplo es no allegarse a las consistentes reflexiones elaboradas en la teoría social sobre las cuestiones de la racionalidad, ineludiblemente vinculadas con los desdoblamientos del proyecto moderno, desde la ilustración hasta nuestros días.

Evidentemente no podría tratar las cuestiones modernas sin aludir a Weber. Lo aborda pero no llega a desentrañar de las ambigüedades weberianas ciertos elementos que han demostrado ser de crucial importancia para la explicación de la modernización en el capitalismo. En cierta medida no se delinea una imagen adecuada de la obra de Weber (que forzosamente implicaría un proceso de destrucción/construcción para un posible aprovechamiento de su aporte en los términos bergmanianos) y se adopta la alternativa de proponer una suerte de caricatura. Lo mismo pasa con Foucault y otros grandes pensadores. Está claro que ésta es una opción de quien produce y debe ser respetada. No obstante, siento que al adoptarla Berman entorpece algunas de sus interpretaciones.

No lo mismo ocurre con Marx. Con relación a este autor Berman se propone no solamente develar e indicar las ambigüedades y paradojas implicadas en su aporte, sino también elaborar una crítica original de la propuesta marxiana que la transforma en una fuente de planteamientos fundadores de nuevas reflexiones, evitando con ello caer en ortodoxias y en la utilización de “ropajes viejos” para vestir ideas pretendidamente nuevas. Nos enseña un Marx poco conocido, que en sus planteamientos juveniles²⁵ lanza un conjunto de

²⁵ Cabe destacar que de los escritos juveniles de Marx, Berman toma *El manifiesto*, redactado con Engels en 1848, que corresponde a un periodo de gran agitación social en Europa (tanto en Francia, como en Alemania), que sirve de ambientación para la formulación de grandes *utopías* enmarcadas en el pensamiento

visiones modernistas tomadas en un sentido amplio de "pensamiento crítico y de la imaginación libre" (Berman, 1989:124) que lo integran a una generación compartida por exponentes o más bien precursores del modernismo estético y artístico como Baudelaire. Con relación al objetivo buscado con el estudio e integración de Marx en su obra, el propio Berman (1989:128) concluye, al finalizar el capítulo dedicado a este autor: "me he dirigido a él no tanto en busca de sus respuestas, como de sus preguntas. El gran obsequio que puede ofrecernos hoy, a mi entender, no es el *camino* para salir de las contradicciones de la vida moderna, sino un camino seguro para entrar en estas contradicciones" (cursivas mías). Creo que si la perspectiva adoptada para integrar al aporte de Marx hubiera sido ampliada hacia otros pensadores, intencionalmente descartados o caricaturizados, Berman habría dado a su texto una capacidad interpretativa más centrada en los grandes ejes explicativos del devenir de la modernidad.

Bibliografía

- Anderson, Perry (1990), "Modernidad y revolución", en Nicolás Casullo (comp.), *El debate modernidad posmodernidad*, Puntosur, Buenos Aires.
- Bathritch, David (1984), "Marxism and modernism", en *New German Critique*, núm 33, octubre de 1984.
- Benjamin, Walter (1967), *Ensayos escogidos*, Sur, Buenos Aires, 1967.
- Berman, Marshall (1987), "Ganar la calle. Conflicto y comunidad en el espacio público", en *El Nacional. Informe Bibliográfico*, núm. 41, México.
- _____ (1989), *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Siglo XXI, México.
- _____ (1990), "Las señales en las calles respuesta a Perry Anderson", en Nicolás Casullo (comp.), *El debate modernidad posmodernidad*, Puntosur, Buenos Aires.

crítico de la sociedad industrial y modernizadora que se estaba implantando en ese periodo. Las alusiones a *El capital* y a su peso teórico son bien hechas pero tangenciales, lo que apoya una vez más mi interpretación sobre el privilegio otorgado por Berman a los discursos no teóricos. (Véase a propósito de la actitud hacia *El Capital*, la respuesta de Berman (1990) a Perry Anderson, en la que queda clara la opción justificada del autor sobre la imprescindibilidad a moverse a otros ángulos interpretativos.)

- Casullo, Nicolás (1990), "Modernidad, biografía del ensueño y la crisis (introducción a un tema)", en Nicolás Casullo (comp.), *El debate modernidad posmodernidad*, Puntosur, Buenos Aires.
- De la Garza, Enrique (s/f), "Posmodernidad y totalidad", en *Reportes de Investigación*, UAM-Iztapalapa, Departamento de Sociología, México.
- Farfán, Rafael (1988), "Notas a la traducción" (del texto de Foucault), en *Sociología*, año 3, núm. 7-8, Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- Foucault, Michel (1988), "¿Qué es la ilustración?" ("Was ist aufklärung?"), en *Sociología*, año 3, núm. 7-8, Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- Galván Díaz, Francisco (1988), "Nota a la traducción" en *Sociología*, año 3, núm. 7-8, Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- Habermas, Jürgen (1987), "Arquitectura moderna e posmoderna", en *Novos Estudos*, 18, pp. 115-124, septiembre, São Paulo.
- _____ (1987), "A nova intransparência: A crise do Estado de bem-estar social e o esgotamento das energías utópicas", en *Novos Estudos*, 18, São Paulo, Brasil.
- _____ (1988), "La conciencia del tiempo de la modernidad y su necesidad de autoconvencimiento", *Sociología*, año 3, núm. 7-8, Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- _____ (1989), "Modernidad, un proyecto incompleto", en Nicolás Casullo (comp.), *El debate modernidad posmodernidad*, Puntosur, Buenos Aires.
- Hopenhayn, Martín (1988), "El debate posmoderno y la dimensión cultural del desarrollo", en Fernando Calderón (comp.), *Imágenes desconocidas*, CLACSO, Buenos Aires.
- Liotard, Jean François (1984), *La condición posmoderna*, Cátedra.
- _____ (1988), "Entrevista" (realizada por Christian Deschamps) en *Sociología*, año 3, núm. 7-8, UAM, México.
- Merquior, José Guilherme (1989), "Marx y la modernidad", en *Nexos*, 144, diciembre, México.
- Picó, Josep: "Introducción" en Picó (comp.), *Modernidad y posmodernidad*, Alianza, Madrid, 1988.

